



Estudios de Literatura Colombiana
ISSN: 0123-4412
revistaelc@udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Restrepo David, Juan Felipe
Réquiem por un fantasma de Pablo Montoya
Estudios de Literatura Colombiana, núm. 20, enero-junio, 2007, pp. 127-132
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498357115008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

Réquiem por un fantasma de Pablo Montoya

*Juan Felipe Restrepo David**
Universidad de Antioquia

Recibido: 21 de marzo de 2007. Aceptado: 14 de abril de 2007 (Eds.)

1

Réquiem por un fantasma es el último libro de Pablo Montoya, un escritor que es cada vez más reconocido en la literatura colombiana de los últimos años; esta colección de cuentos reafirma los aciertos de sus búsquedas literarias. Aunque el tema sobre el que tratan no es nuevo en su obra, en este caso hay una mayor elaboración tanto en el estilo, como en la construcción en los personajes y en el tratamiento de las historias. En otras palabras, *Réquiem por un fantasma* contiene los mejores cuentos que Montoya ha escrito hasta ahora, comparándolos incluso con algunos de sus otros libros como *Razia* (2001), *Habitantes* (1999) y *La sinfónica y otros cuentos musicales* (1997).

El libro está constituido por nueve cuentos que giran alrededor de la muerte. Desde la primera narración hasta la última asistimos a una puesta en escena de un drama triste, sombrío y atroz, donde los personajes desnudan sus pensamientos y emociones. La mayoría de las historias ocurren en Medellín o en pueblos cercanos. El tiempo es el nuestro, que pasa todos por las calles, inasible y escurridizo.

Uno de los méritos de Pablo Montoya en *Réquiem por un fantasma* es que osa abordar uno de los temas más complejos de la literatura colombiana, precisamente por la explotación y el maltrato que ha recibido. Y lo hace con acierto, concibiendo cuentos conmovedores, sugerentes e inquietantes por las reflexiones del narrador y las recreaciones de los personajes. Así,

* Diplomado en Literatura Infantil, Universidad de Antioquia, 2005. Estudiante de último semestre de Filosofía de la misma universidad. Ganador del concurso Metropolitano de Ensayo “Los sueños de Luciano Pulgar”, 2005 y de una Beca de Investigación en Teatro del Ministerio de Cultura, 2006.

la poesía es una presencia constante que los lectores perciben en la belleza y contundencia de sus más logrados pasajes.

“Antígona” es uno de los mejores cuentos. Se trata de una recreación muy personal de la tragedia homónima de Sófocles. Relata la historia de Sara, actriz de un grupo de teatro del centro de Medellín, que paradójicamente representa a *Antígona*. Al igual que el personaje legendario, el destino de Sara estará también marcado por la misma tragedia de imposibilidad, impotencia e incertidumbre. El día antes del estreno recibe la noticia de que su hermano Manuel ha desaparecido. Este Polinices contemporáneo no es aquel guerrero virtuoso sino un drogadicto, más cobarde que valeroso, abandonado y olvidado por todos, menos por su fiel hermana. Habita los oscuros rincones de la ciudad “como un animal de la noche que atraviesa el día como quien se traga una hoguera” (34), y marginalmente sobrevive vendiendo papelitos con breves poemas suyos. Al igual que la rebelde heroína griega, Sara emprende la búsqueda de su hermano para enterrarlo “porque hermoso será hacerlo” (32). Ella sufre la desdicha de su pérdida pero, sobre todo, de no poder encontrar su cuerpo, el último vestigio de la humanidad de Manuel.

“Mi alma ha muerto por querer ayudar a un muerto” (36), dice Sara. El sacrificio por su hermano es el del amor y la entrega. Esta es la historia de una actriz que se contiene ante el dolor y el sufrimiento. El ahogo es continuo, haciendo de su corazón “un territorio resquebrajado”. La esperanza de encontrar al hermano es férrea y paciente, cada día es una oportunidad, cada dato nuevo es una posibilidad. Sara actúa dentro de la historia misma, ocultando su tragedia y engañando a los demás con un rostro sereno, muestra de su magistral histrionismo. Es una actriz en el escenario o en las calles, su vida es una extensión de la representación que realiza en el teatro. Para ella los espectadores sólo cambian de espacio y de tiempo. Por eso a veces le parece absurdo quitarse el maquillaje después de las funciones. Sara y Antígona son una y la misma.

Marta, la hermana, es esencialmente otra Ismene indiferente, que huye y deja sola a aquella que ha querido hacerse cargo del excluido a pesar tantas advertencias. El padre de los tres hermanos desdichados, es ya un anciano decrepito, enfermo y ciego, que se ha perdido en los laberintos del pasado, viviendo un tiempo que ya no es. Creonte, por su parte, es la

sociedad mezquina, que esconde y condena sin miramientos, sin importar la vida de los demás y mucho menos sus almas.

“Antígona” es un cuento que desde el punto de vista de la acción dramática es perfecto, precisamente por su fundamento tomado de Sófocles. Aunque es una narración, la teatralidad es evidente en la caracterización y descripción de los gestos de cada uno de los personajes, que se muestran de cuerpo entero. Cada movimiento es una imagen que se puede presenciar como un cuadro. Por eso el narrador de la historia, semejante al dramaturgo, se limita a presentar los hechos y a sus protagonistas, sin hacer ningún comentario ni entrometerse. Aquí, los lectores son espectadores escénicos de una tragedia. El lenguaje es preciso, y por eso mismo verosímil y poético. Pues se trata de que la belleza esté contenida en la recreación precisa de las acciones, incluso hasta en el silencio. Al igual que en una obra teatral, en este cuento las pausas se llenan de un profundo sentido. Pablo Montoya logra trasladar un drama clásico a nuestros días, e interpretar a la Antígona actual en busca de su hermano para sepultarlo dignamente. Así, este cuento es reflejo de una de nuestras mayores tragedias: la búsqueda de nuestros desaparecidos para enterrarlos según la ley divina, para llorar a nuestros amados y despedirlos para siempre.

3

“Tarazá” es la historia de un escritor que emprende un viaje en busca de su amigo Albeiro, quien trabaja en una finca de ese municipio antioqueño según la última información que tuvo de él. Pero desde la partida las cosas se complican. En Yarumal es interrogado por un grupo de jóvenes de apariencia brusca y fuerte, que lo intimidan y hacen dudar de su propósito. En todo caso, continúa el viaje. Pero al llegar a su destino, entre el sofocante calor y el estiércol de caballo, le informan que su amigo no puede “atenderlo” que “vuelva” después (63). Sin embargo, el escritor insiste en encontrarse con él. En ese momento, el cuento llega al punto de más alta tensión: debido a su insistencia es transportado a una finca en una camioneta, por carretera destapada, donde posiblemente se encuentre con Albeiro. Por supuesto, como es de esperarse, su amigo no llegará. En aquel lugar presencia, más de cerca, las maneras y los pensamientos de aquellos hombres que se presentan como la ley privada, al margen del Estado y de toda condición gubernamental. Finalmente, después de la frustración decide regresar a Medellín, pero antes deja con uno de los hombres que lo acompaña su

último libro publicado, para que se lo entregue a su amigo cuando lo vea. La última imagen del cuento es la de este hombre armado tirando el libro a una caneca, mientras el bus se aleja de regreso a la ciudad.

Esta imagen es como una especie de fotografía que concluye el definitivo fracaso del viaje del escritor. El trasfondo crítico del cuento se revela aquí, pues más que una aventura se trata del choque entre la civilización y la barbarie, la cultura y la violencia, la ciudad y el campo. Una discusión que desde hace décadas suscita las más variadas interpretaciones, no sólo en Colombia sino en Latinoamérica. Pablo Montoya se ubica en este cuento desde una posición que devela realidades oscuras, contradictorias y crueles. El campo es otra vorágine, no de selva sino de violencia y perdición, como un reino inaccesible con sus propias leyes. Y la ciudad, un lugar lejano, distante y mezquino, en donde la misma violencia puede tener rostros más ocultos y camaleónicos.

La tensión de la llegada del escritor a Tarazá es el mejor momento del cuento. En esta medida Pablo Montoya es más cercano a los principios narrativos de Chejov que a los Maupassant. Tanto el principio como el final de la historia están en función de lograr la tensión en el desarrollo. De aquí que la trama del cuento esté tan bien hilada así como su estructura. El hecho de haber seleccionado la narración en primera persona es ya un punto a favor para trasmítir el efecto buscado de manera directa, utilizando una escritura concisa y de frases breves. Es decir, la tensión nunca es nombrada, la deducimos y la sentimos los lectores a partir de la experiencia vivida por el escritor, mostrado en su entera dimensión sicológica e intelectual.

“Sombra última” es uno de los cuentos más impresionantes del libro. Narra la historia de una mujer que poco a poco ha ido perdiendo la memoria, que en ocasiones se le pierde entre las sombras del olvido y que tiene como única compañía a su hijo Joaquín. El cuento empieza cuando ella recuerda cómo, una mañana cualquiera, su padre muere inesperadamente. Lo encuentra tirado en el suelo, frío y tieso. Era un hombre que desde hacía años guardaba silencio: su memoria era un lugar abandonado y desértico, ya no recordaba nada. Y este olvido es para ella como una condenación heredada de su padre, que ahora sufre en su vejez. Luego ella relata, como para sí misma, todas las complicaciones que tuvo que enfrentar para que

la funeraria se encargara del cadáver mientras trataba de alejar a su hijo de la imagen de su abuelo muerto.

El cuento se organiza en una sucesión de “flash backs” que tiene ella después de muchos años de ocurrida la muerte de su padre. Por eso la historia comienza y termina en el mismo punto: ella sentada intentando reconocerse a sí misma. Todo sucede en su mente, en su conciencia, cada vez más difusa y alejada. En realidad, este cuento es el fragmento de un recuerdo triste y casi desaparecido en el pasado. La belleza y el interés radican en la sencillez del lenguaje utilizado, en las acciones concretas y en las descripciones sucintas. Es un cuento donde no cabe la desmesura, donde ninguna palabra es azarosa. La soledad que se apodera del personaje se siente incluso en las palabras, al igual que en el ambiente gélido de los espacios. De alguna manera, este cuento es un viaje al interior de la protagonista, no en vano escuchamos constantemente su voz, como hablando directamente a los lectores, espectadores de su drama. Parece un cuento donde siempre está lloviendo, y en cuyas calles solo habitan sombras de un mundo jamás conocido. Pablo Montoya escribe aquí con la precisión de un relojero. De ahí que esta historia sea una de las muestras más fidedignas de su estilo y de la intención estética y moral del libro.

Incluyendo los otros seis cuentos: “Noche de luna llena”, “Ángel negro”, “Réquiem por un fantasma”, “Exhumación”, “Juego de niños” e “Historia de Lina”, cada historia del libro ofrece una versión diferente de la muerte. Algunas tienen breves epígrafes de poetas antioqueños contemporáneos como José Manuel Arango, Mario Rivero, Rogelio Echavarría y Pedro Arturo Estrada. Hay cuentos que ocurren en cementerios como el de San Pedro o Copacabana, en el día o en la noche, otros en las calles oscuras y solitarias del centro de la ciudad, y otros en casas olvidadas o habitadas por seres que se han entregado a la espera de alguien que saben que nunca vendrá.

La tristeza y la soledad atraviesan cada una de las historias, es más, pareciera que estas dos fueran la única posibilidad de existencia en un mundo de violencia descorazonadora. En la mayoría de los casos, los desaparecidos son los ocultos protagonistas, en la medida en que son el principal motivo trágico de los personajes que sufren y deambulan. Desaparecidos que, aquí y en todas partes, se definen por su ausencia. El ser es la ausencia, que se sabe incierta y dolorosa.

Réquiem por un fantasma es un libro muy cercano, reflejo de nuestra realidad y de las tragedias cotidianas que enfrentan las madres, los amigos y los familiares por no tener a su lado a sus seres queridos. Por eso los personajes de estos cuentos son los que pasan por las calles, los habitantes silenciosos de la ciudad. Son historias del arrebataamiento y de la ignominia, del desamparo y la desesperanza. Pablo Montoya, como un escritor testigo, se sirve de una realidad concreta espacial y temporal, la de Medellín, para dar cuenta, a través de una narración poética, de la violencia que nos azota desde hace años, y de la que los desaparecidos es una de sus más atroces consecuencias.

En *Réquiem por un fantasma*, a diferencia de los otros libros de cuentos de Pablo Montoya, se ha alcanzado una mayor profundidad sicológica en los personajes. Aunque los espacios en que ocurren las historias sean decisivos en el desarrollo de la trama y el manejo del tiempo sea primordial, realmente son los personajes quienes abarcan la totalidad. El mundo recreado gira en función de ellos. Por eso, el mayor logro de este libro es que tales personajes trasciendan el papel, que sean tan convincentes que por un momento nos hagan creer que son personas de carne y hueso, con vida propia, y que podemos conocer al cruzar una esquina.